

VII

Al tratar del *año lírico* de Ruben Darío, *año* formado por cuatro composiciones tituladas *Primaveral*, *Estival*... y así sucesivamente, ambos académicos, tanto el prologuista chileno, como el epistolero español, manifiestan preferencia por la *Estival*.

«Entre las cuatro composiciones—dice D. Juan Valera;—*en* las cuatro estaciones del año, todas *bellas* y raras (eso sí; ¡lo que es raras!), sobresale la del verano. Es un cuadro simbólico de los dos polos...» Etcétera.

«Nada más espléndido que su *Estival*» —dice el de la Barra, aquel Becquer falsificado y... laureado.

«¡Oh, y la *Estival!*—vuelve á decir más adelante.—¡Qué nervio y qué estrol! ¡Qué admirable talento pictórico!... No *trepido* en afirmar que éste es uno de los más be-

llos trozos descriptivos del Parnaso castellano...»

¡Bueno! ¡Bueno!

«No nos la ponderen tanto,  
Que no es medalla ni santo...»

como suelen cantar en las bodas de la montaña de León las muchachas del bando del novio, cuando las del bando de la novia en sus cantares alaban á ésta en demasía.

Veamos el portento:

«El estío—dice Barra—está simbolizando en los amores de dos tigres de Bengala. La real hembra (¡qué majadería!) aparece sola en escena

«Con su lustrosa piel manchada á trechos.»

¡Caracolini!... Manchada á trechos... El de la Barra, que se entusiasmó con la armonía imitativa de aquello del «*agua glauca* que *chapotea*», se habrá entusiasmado también con la que resulta de esa profusión de *ches* del final del verso; pero por modestia no nos lo dice.

Como tampoco nos dice si la *real hembra* tenía dos ó tres kilómetros de larga... Porque para tener la piel manchada á *trechos*...

Mas verán ustedes lo que hace la *real hembra*:

«Salta de los repechos...»

¡Ah! Para eso cuidó el vate de mancharla la piel á *trechos*; porque es cosa sabida que el tener la piel manchada á *trechos*, ayuda mucho cuando hay que saltar de los repechos, si hay que saltar en verso, especialmente.

«Salta de los repechos  
De un ribazo...»

Serán de dos, porque un ribazo no tiene más que un repecho. De modo que ó la *real hembra* no salta más que de un repecho, ó son dos cuando menos los ribazos.

«Salta de los repechos  
De un ribazo, al tupido  
Carrizal de un bambú, luego á la roca  
Que se *yergue* á la entrada de la gruta...»

Una roca no se *yergue*: se *yerguen* los seres animados; la roca estará erguida, pero no se *yergue*.

«Allí lanza un rugido,  
Se agita como loca,  
Y eriza de placer su piel hirsuta.  
La fiera virgen ama...»

Bueno. De aquí ya casi no se puede pasar, porque no es cosa de seguir al autor en la enlodada descripción de las pobres andanzas de las bestias.

En lo que sí le podemos seguir es en la descripción del escenario:

« . . . Parece el suelo  
Rescoldo, y en el cielo  
El sol *inmensa* llama.»

Vulgar y nada más.

«Siéntense vahos de horno,  
Y la selva africana...»

¿Pero no decía usted que eran tigres de Bengala? ¿Quién los ha traído á la selva africana?

¿Y así está el vate de Geografía, después de las ponderaciones de D. Juan Valera de que sabía tantas y cuántas cosas?...

«Siéntense vahos de horno,  
Y la selva africana  
En alas del bochorno  
(¿El bochorno tiene alas?)  
Lanza bajo el sereno...»

¡Ah! ¿También hay serenos en la selva africana? Eso es un adelanto...

«Lanza bajo el sereno  
Cielo (¡Ah!) un soplo de sí...»

¿De quién, vamos á ver, de quién?...  
¿Del sereno? ¿Del bochorno? ¿De la selva?

« . . . . . la tigre ufana  
Respira á pulmón lleno.»

Pero ¿dónde vería el de la Barra aquellos esplendores de la *Estival*?... Porque la verdad es que todo esto no puede ser más prosáico ni más pedestre.

Todavía ni siquiera ha llamado el vate á la tigre *peonia del desierto*...

Y habiendo llamado á la paloma *lirio del viento*, me parece que lo mismo podía...

Vamos adelante:

«Un rugido callado.»

¡Diantre! ¿Cómo serán los rugidos callados?

Rugido... callado... Nada, que no puede ser eso.

«Un rugido callado  
Escuchó. (¡Buen oído!) Con presteza  
Volvió la vista de uno y otro lado...»

La volvería á uno y otro lado...

«Y chispeó su ojo verde y dilatado,  
Cuando miró de un tigre la cabeza  
Surgir sobre la cima de un collado.»

El collado no tiene *cima*: es la parte más baja de la unión de dos cimas ó dos cerros. Viene de *collum*, cuello. La Academia no sabe nada de esto, ni el vate tampoco, por lo visto.

«El tigre se acercaba...»

Bueno, que venga y le veremos.

Así como así, D. Juan Valera dice que está mejor pintado que la tigre. No lo asegura del todo; porque como la cosa es tan importante, había que irse con pulso.

«La tigre—dice—está *magistralmente* pintada, y mejor aún *acaso* el tigre galán que llega, y...» nos quedamos en la duda.

«Al caminar se vía  
Su cuerpo ondear con garbo y bizzarria,  
Se miraban los músculos hinchados  
Debajo de la piel... (*¡Naturalmente;*  
*A no, ser que estuvieran desollados*)  
Debajo de la piel, y se diría  
Ser aquella alimaña  
Un rudo gladiador de la montaña.  
*(¡Pero por qué se había*

*De decir semejante tontería?...*

*¡Tratar de gladiador á una alimaña!*)

Los pelos erizados

Del labio relamía. Cuando andaba,

Con su paso chafaba

La yerba...»

¡Cosa más rara!... Claro es que esto no lo hace nadie más que un tigre... ¡Andar sobre la yerba y chafarla con su paso!...

El vate sí que nos ha chafado... Es decir, el vate apuradamente no tiene la culpa, sino sus dos jaleadores por habernos ponderado tanto la descripción.

En esto, es decir, en esto no, en lo otro... el Príncipe de Gales, que suele ir á cazar tigres á la India, es transportado por el vate, como antes lo habían sido los mismos tigres bengaleses, á la selva africana y... ¡cata-plum!

«El tigre sale huyendo,  
Y la hembra queda el vientre desgarrado.  
¡Oh! Va á morir... pero antes débil, yerta...»

Pero ¿dónde vería el Sr. Barra aquello esplendente de la *Estival*, dónde?

Porque hasta aquí no lo hemos encontrado.

Y después ya no hay más sino que de entre el ramaje *oscuro* saltó un *kanguro*, para aconsonantar con el dicho ramaje os-

curo; lo mismo que si el ramaje acierta á ser umbroso, hubiera saltado un oso.

Y últimamente, hay un sueño del tigre que es una verdadera ferocidad, pues soñaba

«..... que engullía  
Por postres delicados  
De comidas y cenas...»

¡Vamos, que un tigre comiendo por lista!

«Como tigre goloso entre golosos,  
Unas cuantas docenas  
De niños tiernos, rubios y sabrosos...»

¡Qué atrocidad!... ¡Pues ni Maceo!...  
Y ahora verán ustedes otra composición del mismo Ruben que he encontrado en una revista de Coro que se llama modestamente *Miniaturas*.

En esta otra composición el vate se encara con la luna, y la llama:

«Góndola de alabastro...»  
—¡Qué quieres, poetaastro?

Esto es lo que supongo yo que le hubiera contestado la luna si hubiera tenido permiso para hablar.

Porque ¡cuidado con llamar á la luna *góndola de alabastro!*...

La canción popular de *La zarandilla*, después de decir que

«Se juntaron tres comadres  
Para ir á San Andrés,»

y de contar lo que cada una llevaba de merienda, y como merendaron y bebieron largo y tendido, dice también que con la borrachera comenzaron las tres amigas á ver visiones:

«Una mira para el jarro...  
¡Qué hermoso niño sin pies!  
Otra mira para el cielo...  
¡Qué buen pañuelo francés!  
Otra miraba á la luna...  
¡Qué rico doblón de á diez!...

Pero no quedaron tales disparates sin castigo; pues añade la canción que

«Ellas que estaban en esto,  
Llega el marido de Inés...  
Palo en una, palo en otra,  
Y palos en todas tres.»

También Ruben merecía un palo, con más justicia que aquellas alegres comadres, porque mayor extravagancia es llamar á la

luna góndola de alabastro, como él la llama,  
que llamarla doblón de á diez, como la  
llamaban ellas...

¡Góndola de alabastro!... ¡A la luna gón-  
dola de alabastro!... ¡A la paloma lirio del  
viento!... Por menos van algunos á la cár-  
cel...

«Góndola de alabastro,  
Bogando en el azul...»

¿En el libro?

«En el fondo sombrío...»

¿Pues no acaba usted de decir que la  
*góndola de alabastro* bogaba en el azul?...  
¿De cuándo acá el azul es sombrío?

«En el fondo sombrío,  
Con la *adorable* luz de su aureola,  
Halaga el triste pensamiento *mío*.  
(*Para esto al fondo apellidó SOMBRÍO.*  
*Si el pensamiento hubiera sido AJENO,*  
*Fuera el fondo clarísimo y SERENO.*)  
Halaga el triste pensamiento *mío*  
Como una virgen *pensativa y sola...*»

¡Hola, hola! Eso ya es ascender de ver-  
dad... Desde góndola á virgen... Y sabe  
Dios en lo que vendrá á parar todavía...

Es muy capaz el vate de hacerla guardia  
civil vestido de gala.

«Divina y desolada... (*¡Pues no es nada!*)  
Envuelta en *vago* y *luminoso* velo,  
Al contemplar tu *mística* mirada,  
Creo ver una *lágrima* en el cielo...»

¡Bueno va! Primero góndola, después  
virgen, después lágrima...  
Vamos adelante:

«Alma que sueña...»

¡Otra te pego!  
Y eso que, á la verdad, esto no se sabe  
por lo cierto si el vate se lo llama á la luna  
ó lo refiere de veras á un alma.  
¡Con esa claridad que usan estos vates!...

«Alma que sueña, aduna  
A veces lo que canta y lo que llora...»

Eso hace Ruben. Por eso no se sabe  
cuándo llora ni cuándo canta.

«Alma que sueña, aduna  
A veces lo que canta y lo que llora:  
La *lágrima argentina* de la luna,  
Con la *lágrima de oro* de la aurora.»

Pero eso no es adunar lo que canta y lo que llora, sino lo *que llora* y lo *que llora*, pues por más que una lágrima sea de plata y otra sea de oro, siempre serán dos lágrimas.

¡Mire usted que del principio de una estrofa al fin de la misma, distraerse ya y no acordarse de lo que ha dicho!

Y por supuesto, nos quedamos sin saber si *alma que sueña* es otro apodo de la luna, ó es en realidad un alma que sueña.

Sigamos:

«¡Oh pálida princesa!»

¡Hombre, por Dios! ¡Después que otros poetas la han hecho reina, va usted á bajarla del trono y ponerla en las gradas!... Déjela usted reinár, Sr. Darío. ¿Qué daño le hace á usted con seguir siendo reina de la noche?...

«¡Oh pálida princesa,  
Yo envidio la delicia  
De la noche dorada...»

¿La noche dorada?... Al demonio, ¡Dios nos libre! no se le ocurre cosa semejante.

¡Llamar á la noche *dorada*!

A la noche se la ha solido llamar *oscura*, y con razón, porque lo es casi siempre, y sin casi, en comparación del día. A veces hasta se la ha llamado *negra*.

También se la ha llamado *triste*, *silenciosa*, *horrible*, *encubridora* y otras perreñas.

Todo esto por el lado malo.

Por el otro, cuando á los poetas les ha dado por estar amistosos con la noche, la han llamado *apacible*, *serena* y hasta *clara*, y también con razón, porque como, según D. Hermógenes y Martínez Campos, todo es relativo, las noches de luna, especialmente cuando la luna anda espléndida por estar bien de cuartos, son claras en comparación de las de sin luna y sin estrellas, ó de las oscuras como boca de lobo.

Pero ¿llamar á la noche dorada?... ¿Por qué, vamos, por qué?...

«¡Oh pálida princesa!  
Yo envidio la delicia  
De la noche *dorada* que te besa...  
(¡También es buena esa!)  
Y del rayo del sol que te acaricia.»

Dejemos á la noche *dorada besando* á la luna, y vamos adelante:

«En la *bruma* de plata  
Que en tu *beldad* admira el universo...»

En la *bruma*... de plata... que en tu *beldad* ad...mira... el universo...

¿Qué *bruma* de plata será esa?...

¿O creará el vate que *bruma* es lo mismo que tez ó lo mismo que brillo?... ¡Vayan ustedes á saber!...

Y eso que... no: no vayan ustedes, porque perderían el viaje.

Y además, ¿qué importa saber esas cosas?

«En la *bruma* de plata  
Que en tu *beldad* admira el universo,  
Tiene su ala de amor la serenata...»

Pues esto es mejor todavía...

La serenata es, por lo visto, un pájaro aliquebrado, vamos, con una ala sola, y esa ala es de amor, y la tiene la serenata, no, á un lado, sino allá en la bruma de plata que el universo admira en la beldad de la luna...

¿Van comprendiendo ustedes algo?...

«En la *bruma* de plata  
Que en tu *beldad* admira el universo,  
Tiene su ala de amor la serenata,  
Sus cadencias y músicas el verso.»

¡Ah! (sin extrañeza). Por eso hay por ahí tantos versos sin cadencias y sin música... Como la luna está tan lejos, estando las cadencias y la música del verso en la bruma de plata de la beldad que el univer-

so admira en la luna, se comprende que muchos vates no puedan alcanzar para sus versos música ni cadencia.

Pero vamos á ver en qué para:

«La armonía en tu alcázar...»

En el alcázar de la luna, ¿eh?... Váyanse ustedes fijando, porque todo hace falta.

«La armonía en tu alcázar *tiembla*...»

¡Hombre! es una cosa que hasta hoy no se había sabido que hiciera la armonía, temblar. Esa debe ser una habilidad nueva de esa *harmonía* con hache que se usa ahora...

«La armonía en tu alcázar *tiembla y vuela*.»  
(¡Miren la *picaruela*!)

¿Con que *tiembla y vuela*?  
Pues parecerá un cernolín si vuela temblando.

«La armonía en tu alcázar *tiembla y vuela*,  
Y á tus *luces divinas*...»

Hasta ahora tampoco había tenido la luna más que una luz que se llamaba la luz de la luna. De aquí en adelante habrá que decir: á las *luces de la luna*.

«La armonía en tu alcázar *tiembla y vuela*,  
Y á tus *luces divinas*  
Esparce melodiosa Filomela  
Sus cascadas de perlas cristalinas.»

¿Que quién es esa señora melodiosa que esparce esas cosas tan raras?...

No es señora precisamente: es *señor*, aunque *ruín*; pero, eso sí, canta admirablemente.

Esa Filomela melodiosa es el rui-señor, de quien dice el vate que esparce á las divinas luces de luna sus cascadas de perlas cristalinas, para decir que canta á la luz de la luna.

Y se acabó la composición titulada *Claro de luna*.

Y se va á acabar también este artículo sin más que advertir á los lectores que la prosa del libro *Azul* (que mejor se hubiera llamado *Verde*) es bastante parecida á los versos, aunque algo más mala.

Como que al mismo D. Juan Valera se le ha escapado decir de los cuentos de Ruben Darío: «Todos estos cuentos parecen escritos en París.»

¡Ah! y para muestra de las divinidades que Ruben Darío dice en prosa, baste saber que en la *Canción del oro* llama al vil y codiciado metal, entre otras mil cosas, *feto de astros*.

¡Qué gran cosa haría Ruben Darío, que tiene talento é imaginación, si quemara todo lo que ha escrito hasta ahora, y volviera á empezar su viaje á la gloria por mejor camino! Anímese usted, joven.

POSDATA. Un periódico de Madrid ha publicado en estos días otra carta de Don Juan Valera á Ruben Darío, tomándola de *La Nación*, de Buenos Aires, que se *adueñó* de ella, á su decir, y la dió á luz por hacer un servicio á los *cultores* de las letras.

En dicha carta, después de convidar Don Juan á Darío á vivir entre nosotros, porque «para las letras sería esto *de no corto provecho*», acusa de comedores á sus compañeros de Academia vivos y muertos; pues dice que «se recela que Castelar muera de apoplejía por almorzar fuerte», y añade que «Castro y Serrano murió, *también acaso por comer mucho*».

¡Qué obsequios hace D. Juan á sus compañeros!

Verdad es que también tiene para los que no lo somos; pues nos dispara en la misma carta la noticia de que está escribiendo «otra novela que ha de titularse *Elisa la malagueña*... y que probablemente tendrá dos tomos»...

¡Mejor lo haga Dios!...